



www.loqueleo.com

Cuentos de Tomás

© Del texto: 2015, Francisco Montaña

© De las ilustraciones: 2015, Henry González

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-500-9

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Buena Semilla

Primera edición: febrero de 2015

Primera edición en Loqueleo Colombia: diciembre de 2015

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Cuentos de Tomás

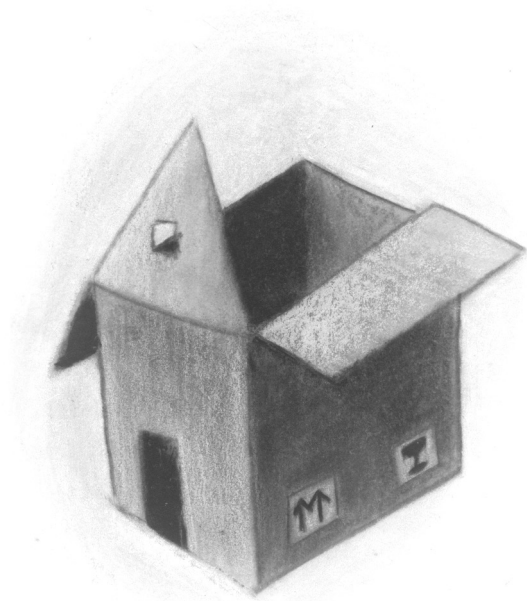
Francisco Montaña



loqueleg

*A Violeta y Matías
con todo el amor*

Una colección de piedras



—¿Te gusta? —le preguntó su mamá.

El niño estaba frente a un cuarto pequeño. No había visto bien y se acercó a la ventana. Daba sobre un patio interior. Miró hacia arriba y no supo si el gris era del edificio o del cielo.

—Tomás, ¿te gusta? Es tu cuarto... —repitió su mamá y Tomás definitivamente no supo qué responder.

Corrió al lado de su papá, que desempacaba libros y papeles de las cajas, y se quedó a su lado mirándolo murmurar y examinar carátulas y lomos como si siguiera una conversación con cada una de las cosas que caía en sus manos.

10 En la noche, cuando el pequeño apartamento estaba completamente inundado por todo lo que no encontraba su lugar en ninguna parte y Tomás y la mamá se habían rendido en la mitad de la sala después de haber intentado acomodar de tres maneras distintas los muebles, llegó el papá con una Coca-Cola y tres sándwiches. Se los comieron en silencio, sentados en el suelo, agotados por el polvo y la estrechez.

—Por lo menos tenemos las camas listas —suspiró el papá y Tomás le sonrió.

Pero la verdad es que las camas no estaban listas e incapaces ya de armarlas tuvieron que dormir en los colchones tirados sobre el piso, estaban tan agotados que cayeron como troncos.

Claro que eso fue bueno. A Tomás le daba miedo caerse de la cama. Así que dormir en el

suelo era un alivio y habría seguido haciéndolo el resto de su vida si su mamá no opinara exactamente lo contrario, que eso era dormir como los animales, cerca de la tierra donde se revuelcan, y que esa había sido la peor noche de su vida.

El día siguiente y el siguiente y el de después fueron días difíciles.

Las cosas no cabían en el apartamento. Tu-
vieron que devolver la mesa de patas largas, la
de patas gordas, el armario caoba, el mueble de
los trapos, el cuadro de los caballos, la silla del
tío y la mesa redonda de la cocina. Todo lo que
no se acomodaba volvía a la casa de los abuelos.

11

Su papá salía con el Fiat del tío lleno y volvía sin nada, con el baúl listo para llenarlo con lo que se negaba a quedarse en ese apartamento estrecho y oscuro. Tomás hubiera querido tener poderes especiales, convertirse en una de esas cosas que no encontraba su lugar en el nuevo apartamento y ser enviado de vuelta a la casa de los abuelos de donde hubiera preferido no salir nunca.

—¿Qué te pasa? Andas como alma en pena —le decía su mamá—. ¿No encuentras tu sitio?

12 Tomás la miró abriendo los ojos y volvió a lanzarse a recorrer el apartamento como fiera enjaulada, de un rincón de la cocina al baño del cuarto grande, del clóset de su cuarto al baño de la sala, de la sala al rincón de la tele, de su cama al calentador de paso que rugía como si le estuvieran retorciendo el pescuezo cuando abrían el agua caliente, de la puerta de entrada a la pared del fondo, del cuarto grande a la mesa del comedor, de la ventana de la sala a la cocina, de la puerta de entrada a su cuarto, de su clóset a...

—¡NO MÁS! —le pidió su mamá—. ¡Quédate quieto, me vas a volver loca con esa andadera!

—El río puede dar muchas vueltas, pero el agua siempre llega al mar —dijo su papá y le acarició la cabeza.

El papá de Tomás usaba muchos dichos para hablar y Tomás casi nunca le entendía. Pero esa